

**CAPITULO X.**

De la muerte de la Santísima Virgen María, su Asuncion á los Cielos y Coronacion por Reina de los Angeles y de los hombres.

¡Morir!... Tal es el destino de la humana naturaleza. Que el hombre ocupe un trono y se cubra con el matizado manto de los monarcas; que sea dueño de inmensas riquezas; que por su sabiduría sea el objeto de la admiracion de sus semejantes y acreedor á los aplausos del mundo, ó bien que no posea otra cosa que míseros harapos con que cubrir su desnudez, el sepulcro es su inevitable destino. Cuanto nos rodea, cuanto percibe nuestra mente, cuanto á nuestros sentidos se presenta, nos recuerda una verdad de la que el hombre trata de desentenderse. ¿Qué nos presenta el mundo, sea cualquiera el giro que tomen nuestros pasos? Venerables restos de tiempos que pasaron; monumentos, mausoleos, arcos de triunfo que nos recuerdan hombres beneméritos que fueron y ya no son; la tierra que pisamos se halla cubierta de míseros despojos de una humanidad orgullosa; la descomposicion se presenta á nuestra vista doquiera que volvamos los ojos. Y es mas: nos alimentamos y cubrimos nuestras carnes con despojos de la muerte. Esas ricas pieles buscadas con empeño por los hombres que las hacen objeto de su orgullo, ¿qué otra cosa son sino restos de la muerte? Ni aun las criaturas inanimadas dejan de recordarnos lo ilusorio de la vida: nos encanta una flor y en ella admiramos la sabiduría del autor de la naturaleza; aspiramos el suave y delicioso aroma que despide, pero



C. Mugica, lit.

Lit. de S. Gonzalez, Madrid.

La Asuncion de Ntra. Sr̄a.

aquella rosa que tan vivos colores presentaba se marchita y se deshoja á las pocas horas de haber arrebatado nuestra atencion: los altos y corpulentos árboles destinados á ver pasar mas de una generacion, vienen á encorvarse bajo el peso de los años, y al fin despues de haber resistido los mas fuertes huracanes y de haberse enseñoreado cual gigante rodeado de pigmeos, cae por tierra perdida la sustancia que le alimentaba y nutria. Todo recuerda al hombre una verdad que con facilidad y para su mal olvida, á saber: que están cortados sus dias y que no andará uno mas que los que le están señalados en el reloj de la eternidad. Si el hombre no tuviera un porvenir: si nuestro fin fuese ese polvo en que nos reducimos despues de la muerte, triste seria entonces nuestra condicion y poco halagüeña la existencia, toda vez que por lo comun está rodeada de sinsabores. Pero no es tan pobre y miserable nuestro destino, y la fe nos enseña la existencia de otra vida de eterna duracion. No es nuestro ánimo presentar aquí pruebas de la inmortalidad del alma. Bástenos decir que negar la inmortalidad del alma equivaldria á negar la existencia de Dios; y los acontecimientos que cada dia presenciarnos que nos demuestran que muchas veces queda sin castigo la maldad y sin premio la virtud en el mundo, nos hacen conocer que hay otra vida donde se premia y se castiga, pues que Dios, justo en todas sus obras, no habia de permitir el triunfo del crimen. La Escritura Santa distingue dos clases de muerte: muerte desgraciada y muerte feliz: muerte del pecador obstinado que es pésima á los ojos de Dios<sup>1</sup>, y muerte del justo que es preciosa en la presencia del Señor<sup>2</sup>. Es la primera, efecto de una vida desordenada pasada en la maldad

<sup>1</sup> Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.

<sup>2</sup> Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus. Ps. CXV, 13.

y en el crimen, al paso que consiguen la segunda de aquellos que temerosos de Dios ó bien conservaron sin mancha la blanca estola de la inocencia ó bien borraron su infidelidad por una saludable penitencia. En la Santísima Virgen María tenemos el mas elocuente libro para aprender á morir santamente, estudio al que el hombre debe aplicar todos sus desvelos.

Parece á primera vista que el fatal decreto impuesto á toda criatura, no debia envolver á María, toda vez que la muerte es pena del pecado del que María fué libre. Asi como un privilegio singular la preservó del pecado original, pudo por otro igual ser libre de la muerte. Empero María debia ser semejante á su divino Hijo, y Dios quiso por lo tanto que ella muriese como habia muerto Jesus. A mas de esto, María debia enseñar á los fieles que componen la Iglesia, y con su muerte debia enseñarnos á morir santamente.

Muchos autores y entre ellos Nicéforo y la V. Agreda dicen que la Santísima Virgen habia tenido revelacion comunicada por un ángel del dia y la hora en que habia de verificarse su muerte. Bástanos saber que tal gracia ha sido dispensada por Dios á algunos santos para creer cierta la anterior opinion, puesto que es indudable que ninguna criatura ha sido tan enriquecida de gracias y privilegios como la Madre de Dios, á la que no habia de negarse ningun favor que á otra hubiese sido concedido. Hé aquí la salutacion que segun la escritora que acabamos de citar, dirigió el Arcángel San Gabriel á la purísima Señora al anunciarla el término de su vida mortal: «Emperatriz y Señora nuestra: el Omnipotente y Santo de los Santos nos envia desde su corte para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinacion y destierro en la vida mortal. Ya Señora, llegará presto el dia y la hora tan de-

seada en que por medio de la muerte natural recibireis la posesion eterna de la inmortal vida, que os espera en la diestra y gloria de vuestro Hijo Santísimo y nuestro Dios. Tres años restan desde hoy para que seais levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan codiciando vuestra presencia.»

La inteligencia humana no es capaz de comprender el gozo que inundaria la bendita alma de María al recibir tan feliz nueva. Ella no tenia voluntad propia: entregada completamente en las manos del Señor, ni deseaba vivir ni morir: queria tan solo que se cumpliese la voluntad divina; pero sabe que va á ser llamada para entrar en el goce de su Señor, y se alegra y regocija, porque para ella no podia haber mayor felicidad ni ventura que la de disfrutar para siempre de la vista del amado de su alma. La llama del divino amor que siempre estuvo vivísima en su pecho, se inflamó mas y mas, y el navegante que despues de haber luchado largo tiempo con el ímpetu de embravecidas olas, experimentando todo el rigor de una noche tempestuosa, llega á fijar su planta en el suspirado puerto, no así vierte lágrimas de alegría y de consuelo, como las vierte María al saber el dia en que debe descansar en el puerto de la felicidad eterna. Ella habia vivido muchos años en medio del borrascoso mar de las aflicciones del mundo: contra su corazón purísimo habianse estrellado las encrespadas olas de la tribulacion: su vida habia sido un encadenamiento de dolores, que si tuvieron principio al escuchar el lúgubre y fatídico vaticinio de Simeon, no tuvieron término en la muerte de su divino Hijo, sino que duraron aun mas allá, por razones que hemos manifestado al tratar de su soledad amarguísima.

Los tres años que mediaron desde la revelacion de su

muerte hasta que llegó á verificarse, empleólos en fortificar en la fe á los que abrazaban la doctrina de Jesucristo, y en practicar como siempre lo habia hecho las mas heróicas obras de piedad y de virtud que no podian tener aumento en la que siempre fué perfectísima en toda clase de virtudes.

Antes de dejar el mundo para partir al cielo, quiso María Santísima visitar los lugares de la Redencion, y lo hizo en compañía de San Juan. Su primera visita fué al Calvario: allí se postró y dió gracias á su divino Hijo que lleno de caridad habia entregado en aquel sitio y entre los mayores tormentos su vida por el rescate de la humanidad. Desde allí pasó á visitar otros lugares donde se habian verificado otros misterios de la vida del Señor, volviéndose despues á Jerusalem, retirándose á la montaña de Sion, y á la misma casa donde el Espíritu Santo habia descendido sobre ella y sobre los Apóstoles.

Acercábase el dia en el que la verdadera Arca del Testamento debia ser trasladada de la tierra á la celestial Jerusalem, y Dios dispuso que se verificase este acto con la mayor solemnidad. Los Apóstoles y discípulos del Salvador, se fueron congregando en Jerusalem, de suerte que, tres dias antes de que se verificase la muerte de la Santísima Virgen se hallaban todos reunidos. El primero que llegó á Jerusalem fué el Príncipe de los Apóstoles, el que segun la venerable Agreda fué trasladado por un ángel desde Roma, donde se hallaba predicando. La Santísima Virgen recibió al Vicario de su divino Hijo con las muestras del mas profundo respeto, dando gracias al Señor porque le habia llevado para que la asistiese en la hora de su muerte. Despues llegó San Pablo y sucesivamente fueron llegando los demas Apóstoles y discípulos.

Grande era el desconsuelo de los Apóstoles por la gran

pérdida que iban á experimentar; pero conformes todos con la divina voluntad, rogaron sin cesar á la que era su Madre y su Señora les concediese su bendicion y que rogase por ellos á su divino Hijo, á fin de que los protegiese y les concediese las fuerzas necesarias para trabajar en el aumento y estension de la Santa Iglesia. María por su parte, llegado que fué el dia en que debia partir de este mundo para entrar á reinar con su Hijo en la Gloria, viendo reunidos en torno suyo á todos aquellos santos discípulos de Jesus, les dirigió las mas dulces palabras, exhortándoles á que permaneciesen firmes en la fe y á que siguiesen trabajando con celo infatigable en la propagacion de la religion y ofreciéndoles ampararlos y protegerlos desde el cielo. Esta última exhortacion de la Santísima Virgen María produjo en los circunstantes una grande afliccion, porque vieron en ella una despedida tan amorosa, y no pudieron menos de romper en un copioso llanto. No podia ser de otro modo: las palabras de la Santísima Virgen al prepararse para abandonar la tierra, tenian que ser necesariamente saetas de amor para todos los que componian aquella santa é ilustre asamblea.

Si como antes hemos dicho con la Sagrada Escritura, es preciosa la muerte del justo á los ojos de Dios, ¿cuál sería en vista de esta verdad la muerte de aquella criatura, en la que no habitó jamás ni la mas leve sombra de pecado, y que fué la mas perfecta entre todas? No otra cosa que un sueño dulce y agradable. No se presentó en ella enfermedad alguna: su muerte fué el amor. No recibió la purísima Señora para morir el sacramento de la penitencia, ni antes lo habia recibido jamás: la que escedia en pureza á los mismos ángeles y en santidad á todas las criaturas no pudo tener materia sobre la que recayese la absolucion sacramental. Lo que si es evidente que recibió

como Viático el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, manjar divino con el que se había alimentado desde que fué instituido por su Santísimo Hijo. ¡Ah! Y quién se habrá acercado á la mesa Eucarística con mas amor que María? Ninguna otra criatura le ha igualado en fervor ni con mejores disposiciones ha recibido el pan de los ángeles, porque nadie mejor que ella ha conocido todo el valor infinito de tan augusto Sacramento. Acerca de si recibió ó no el Sacramento de la Extremaunción hay diversas opiniones: á nosotros nos parece fuera de toda duda que no lo recibió por las mismas causas que dejó de recibir el Sacramento de la Penitencia. ¿Qué efectos causa la Extremaunción? Perdona los pecados veniales y las reliquias de los mortales. Luego si en María no hubo ni la mas mínima sombra de pecado ni aun venial, claro es que no tuvo necesidad de tal Sacramento.

Hemos llegado á la última hora de la vida mortal de la Madre de Dios. Si repetidas veces y durante el curso de esta obra, hemos conocido todo el peso de la árdua empresa que hemos acometido, ahora es cuando con mas motivo reconocemos nuestra pequeñez: pintar con vivos colores el glorioso tránsito de María: formar un cuadro que de á conocer la solemnidad de la traslacion de la verdadera arca del Nuevo Testamento, exige luces superiores y un ingenio ajigantado. No por nuestra propia gloria, sino por la gloria de Dios y la honra de la que fué su Tabernáculo y sagrario, desearíamos en este momento poseer la elocuencia de un San Agustin, el celo de un San Cirilo y la ardiente devocion del Santo Abad del Claraval. Ya que no esté en nuestra mano revestirnos de tales dones, seguiremos, siquiera sea con el desaliño de nuestras palabras, satisfaciendo los deseos del devoto lector.

La hora suprema de María se acercaba, y la noticia de su próxima muerte se había estendido con rapidez, motivo por el cual su augusta morada, vióse llena de fieles que ansiosos se disputaban la gloria de verla y de recibir su bendicion, impetrando su proteccion y amparo. El mismo Jesucristo, dice San Juan Damasceno, bajó del cielo para recibir el alma de su Madre. ¡Espectáculo admirable! La milicia angélica hacia resonar en los aires los armoniosos ecos de sus sublimes cánticos, en los cuales glorificaban á la que era su Reina y su Señora: los Apóstoles y discípulos postrados en tierra, rodeaban el lecho ó tarima sobre la cual iba á entregar su espíritu la Santísima Virgen en manos de su divino Hijo: los bienaventurados llenos del mayor regocijo esperaban el suspirado momento, y así en el cielo como en el Cenáculo resonaban cánticos de alabanza á la co-Redentora de la humanidad. Entretanto llegó el momento decretado en los consejos de la Trinidad Beatísima y María cerró sus ojos virginales y espiró, quedando su bendito cuerpo resplandeciente de gloria y el Cenáculo lleno de un suavísimo aroma y celestial fragancia, que embriagando en dulzuras á todos los presentes les hicieron prorumpir en nuevas bendiciones.

Los Apóstoles veneraron aquel bendito cuerpo y besaron las manos de su madre, permitiendo hiciesen lo mismo cuantos presentes se hallaban. Varias son las opiniones acerca de la edad que tenia la Madre de Dios cuando ocurrió su muerte: el silencio del Evangelio sobre este extremo nos hace recurrir á la tradicion. Esta nos enseña que María sobrevivió mucho tiempo á su divino Hijo enseñando y edificando á la Iglesia de Jerusalem. San Antonino dice que murió á la edad de sesenta años, habiendo sobrevivido á su hijo doce. Nicéforo dice que no vivió mas que cincuenta y nueve. San An-